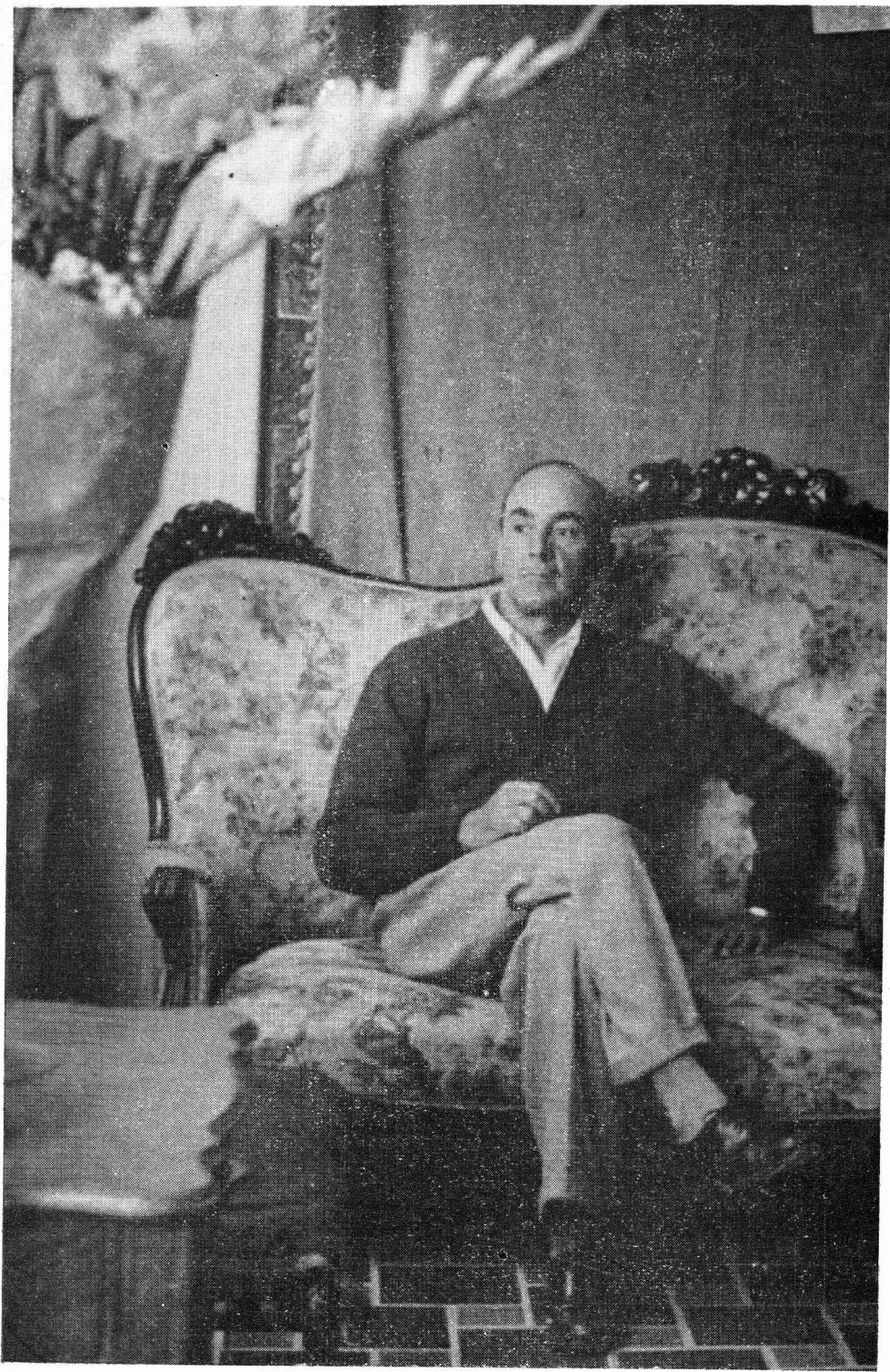


EL ESCRITOR Y SU TIEMPO



CARLOS PELLICER

Por Mario PUGA

“**E**L arte, en cuanto tal, funciona socialmente. Logra su fin en la comunicación. Sólo hay un arte y, ese, comunica belleza. Quien vea el salero que Benvenuto Cellini fundió en oro para Francisco I, sentirá goce estético; y el ateo más empecinado admirará las pinturas de Fra Angélico. No es necesaria, pues, la consigna. Puede existir en la motivación íntima del creador, pero, entonces, ha dejado de ser consigna, para convertirse en inspiración, impulso de su obra. ¡Que a ésta no se vea la fábrica, para que la belleza brille con esplendor!”

Carlos Pellicer, cincuenta y seis años, estatura mediana, pleno de vitalidad y con la sencillez del poeta de Asís, nos habla entusiasta. De él emana el sentimien-

to de la fraternidad, la emoción comprensiva del dolor y de la injusticia que repugna a su espíritu cristiano. Los muros de la amplia estancia, atestados de libros; anaqueles cargados con cerámica y escultura precortesianas de todos los horizontes. Permanece de pie. Acciona con gestos precisos, subrayando sus palabras.

—El arte no es cosa de partidos ni de dogmas —continúa—; cuando el artista se somete a un régimen, a una voluntad extraña a su individualidad, deja de ser auténtico. La obra de arte pierde la eternidad modesta, relativa, de que goza. Porque dentro de la temporalidad de las cosas humanas, la obra de arte es la que tiene más larga permanencia. No ha quedado de los ciclos vencidos de la cultura

otra cosa que su arte, el mismo que seguiremos admirando y que nos sorprende en su renovación inagotable.

Le observamos que sus palabras podrían entenderse como rechazo de la naturaleza social del arte.

—No, de ningún modo. Vea usted, en cuanto el artista viva profundamente en su tiempo, la obra revelará una actitud, que comunica al lector o espectador. Dario sufre las sacudidas de su América, hollada por fuerzas yanquis en los días del big-stick. Protesta en versos bellos y fuertes contra el tratado Briand-Chamorro, que humilla a Nicaragua; y su voz fue la más alta para anunciar el destino de nuestros pueblos. Pero, ¡con qué poesía excelente lo dijo todo! Y esta poesía de honda motivación humana, no es de ningún modo, poesía de consigna o de dogma. Siempre y por encima de todo, es poesía; arte vivo, arte imperecedero...

Hace una pausa. Camina de un lado al otro de la estancia. Desde el ventanal que mira al poniente, la luz le baña el rostro, los ojos encendidos por la fe.

—Sin embargo, no tengo un carnet del partido de la extrema izquierda. No tengo ningún carnet, aunque mi vida se mueve a impulsos del sentimiento de justicia y de libertad, alimentados en la fuente cristiana. El espíritu es el animador de la conducta. Esta es siempre solidaria con la causa de nuestros pueblos, en todo el orbe hispanoamericano...

La iniciación.

Carlos Pellicer nació el 23 de noviembre de 1899, en Villahermosa, Tabasco. Hijo del coronel Carlos Pellicer y de Deifilia de Pellicer. Su padre hizo la campaña constitucionalista en las huestes de Obregón. Tenía escasamente catorce años cuando publicó su primer poema en una revista de esa capital. “Era un poema insufrible!”, exclama. “Imagínese, inspirado en motivos romanos, parece que reflejaba cierta influencia parnásica.” Sonríe, añadiendo luego:

—Bueno, eso es lo que dijo Manuel Toussaint, quien me conoció por entonces.

Hizo sus estudios de primaria en la escuela pública de Villahermosa y la secundaria y el bachillerato en la ciudad de México. Tuvo por compañeros en los últimos años de estudiante a Luis Enrique Erro, Octavio Barreda y Carlos Chávez.

—En 1915 aprendí a hacer sonetos. Quizas lo menos malo que hago... Pero, ¡cómo comencé! Acababa de leer el *Quo Vadis?* de Sinkiewicz y obrando bajo su influencia, muchos jóvenes adoptamos la temática de la decadencia del Imperio. Hice sonetos a Nerón, a Roma, quien sabe a cuantos personajes más de esa historia. ¡Horribles!

Había recibido otra gran influencia. En 1912 escuchó a José Santos Chocano. Poeta oficial del régimen de don Francisco I. Madero, Chocano alcanzó esa destacada posición gracias a sus excelentes calidades.

—La importancia de su obra, su trascendencia continental hispanoamericana, exigen la revalorización urgente. Chocano llegó invitado por un poeta mediocre, pero hombre de excelentes cualidades, el Vicepresidente Pino Suárez. Escuché al vate peruano de *Odas salvajes* y de *Alma América* en dos grandes recitales. En el Teatro

Arbeu, cuando fue presentado por ese magnífico orador, el licenciado Jesús Urueta, y poco después, en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria, presentado por don Alfonso Reyes. Aquella noche, Chocano recitó treinta y cuatro poemas... Fue una avalancha de emociones. La imagen de América se dibujó en mi alma sacudida por el verbo emotivo y vigoroso de Chocano.

—El poeta, en impecable frac, recitaba sus poemas con voz llena, de timbre flexible y rico. ¿Dirigía sus versos al público que llenaba la sala? ¿Los dirigía a los jefes del gobierno que ocupaban los palcos de honor? Estaba yo sentado en el pasillo, entre las butacas de la primera fila. Cerca de mí se encontraba una dama, hermosa, como nunca he visto otra, de cabellos rubios, vestida con elegante atavío azul. Los ojos de Chocano, los ademanes elegantes que acompañaban su recitación, se dirigían a esta dama ignorada. ¿Un romance? ¿Una de las sonadas aventuras de Chocano? No se. El poeta ignoró al público toda la noche. El recitaba para la dama, quizás, su dama...

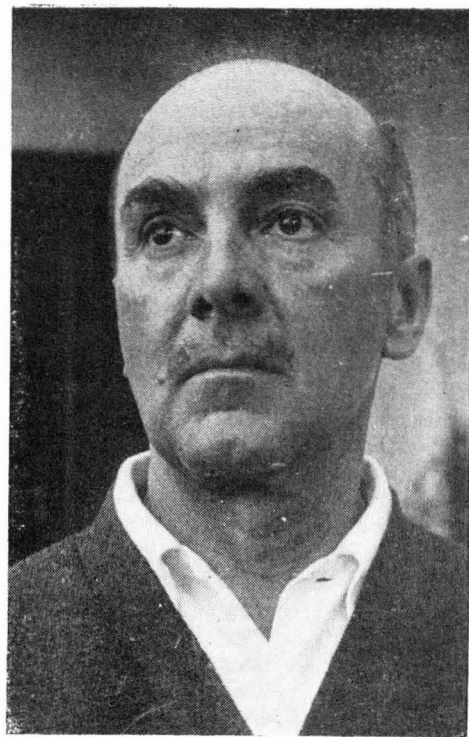
Quedé tan impresionado de la poesía

casa Vda. de Ch. Bouret, fechada en París, año de 1912; y *Alma América*. Pellicer añade con humildad franciscana: —Mi primer canto a Cuauhtémoc, que escribí por esos años, nació bajo la incitación de la obra de Chocano.

Los años mozos.

En 1917 se lanza a la aventura editorial, sacando a luz en compañía de otros estudiantes, la revista *Gladios*, que alcanzó dos números. Revista de lujosa presentación, contenía reproducciones a color de obras de arte mexicanas. Recuerda con satisfacción que *Gladios* reveló al lector la calidad excelente de las pinturas de Saturnino Herrán.

A aquella le sucedió la revista *San-ev-ank* en 1918, semanario que alcanzó veinte ediciones. Hoja de combate, iconoclasta, causó más de un disgusto en el cuerpo de profesores de la Preparatoria. —¡Qué escándalo provocamos —nos dice— con sus informaciones sensacionales! Al maestro Antonio Caso, a quien tanto debe mi formación espiritual, mortificamos con una malhadada nota. El maestro no nos



...el arte no es cosa de partidos...



...anaqueles cargados con cerámica...

de Chocano, que su influencia fue grande sobre la obra de mi adolescencia. Procuraba encontrarlo. Pero ero yo un niño de trece años, tímido, sin medios para llegar al lado del poeta. Cierta vez la suerte quiso que le descubriera caminando por las calles de Tacuba. Le seguí, le seguí a unos pasos, por momentos casi pisándole los talones. Chocano ha sentido que era objeto de mi persecución. Se dió vuelta, deteniéndose. “¿Niño, quieres algo de mí?” Yo estaba mudo. No pude articular palabra alguna de las muchas que ansiaba decirle. Por fin, tras grandes esfuerzos le he dicho: “A usted, señor Chocano, le admiro mucho...” Entonces el poeta me acarició la cabeza. Y reemprendió su paseo.

Meses después le he oído recitar en las grandes celebraciones patrióticas. Recuerdo la polémica que se suscitó alrededor de su poema *Las campanas*, calificado por alguien, de ser plagio de otro poema del mismo título, de Edgar Allan Poe.

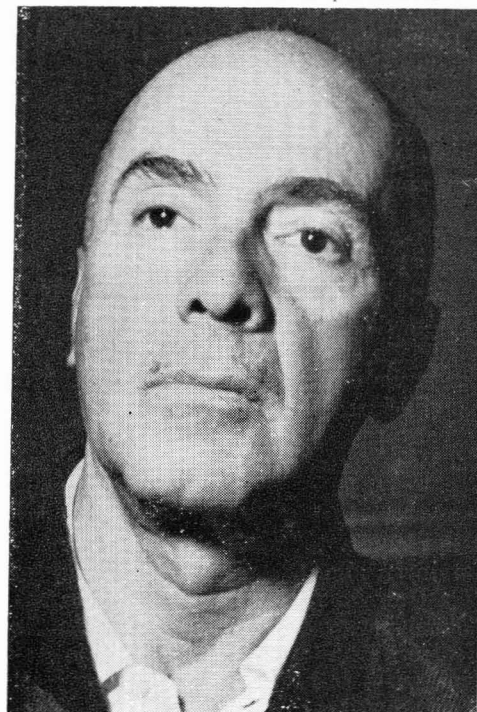
Nos muestra dos obras de Chocano. *Poesías escogidas*, primera edición, de la

rectificó. Los muchachos habríamos tomado pie para nuevos desaguisados.— Y, luego, añade:

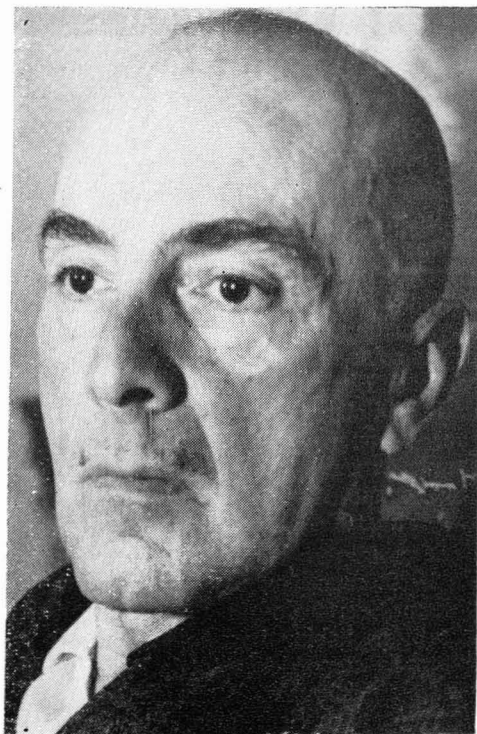
—Figúrese. ¡La información que dimos fue que el maestro Caso había raptado a una joven de la sociedad de Puebla...!

Para entonces, Pellicer había pasado por experiencias juveniles decisivas. Los cambios provocados por la Revolución dejaron su huella profunda, tanto en la vida de su familia como en su concepción del mundo. Su familia se trasladó de Tabasco a México. El coronel Pellicer —retirado del ejercicio de las armas y de la administración pública—, estableció una modesta farmacia en el barrio de Guerrero.

—En 1915 seguí por las calles —nos dice—, a los dorados que escoltaban al Centuario del Norte. Vi, fascinado, desembocar a Villa, cabalgando belicoso corcel, en la Plaza de Armas, rumbo a Palacio Nacional. Su figura imponente, la mirada audaz, penetrante como ninguna que yo recuerde, me galvanizó. He echado a correr tras suyo, metiéndome entre el gentío. Penetré en el gran patio



...no es necesaria la consigna...



...la obra revelará una actitud...

de Palacio. Ahí he permanecido hasta que pude ingresar al salón, donde Francisco Villa y Emiliano Zapata ocupaban sendas sillas presidenciales, recibiendo el saludo del pueblo que desfilara ante ellos.

El poeta había sufrido, también, el despertar de su admiración a la gran actriz y bailarina Antonia Mercé —a quien obsequió unos versos, recibiendo a cambio de ella, una fotografía autografiada—; despertar que culmina en el conocimiento del arte de Tórtola Valencia. “La plasticidad de su arte —nos confiesa Pellicer—, ejerció influencia definitiva en mi expresión, como antes la fuerza y grandeza de Chocano evocó en mí la pasión más intensa por la poesía. Tórtola Valencia había estado en el Perú, donde un joven pintor, José Sabogal, hizo su retrato. Absorto yo en la belleza y en el arte de Tórtola, le dediqué poemas que leí emocionado en su camerino, después de una de sus presentaciones más impresionantes. Nadie ha igualado el sentido del color y del movimiento que Tórtola Valencia derrochaba en sus actuaciones. Esa plasticidad, ese sentido del color es, quizás, lo único que anima mi poesía.

Pellicer recuerda, como dato curioso de aquellos años:

—En el año de 1917 el maestro José Vasconcelos había estado en Lima, como agente vendedor de discos fonográficos para aprender inglés.

El delegado de la F. E. M.

Entre 1918 y 1920, organizada la Federación de Estudiantes Mexicanos, fue designado su delegado. Viajó a Colombia por la vía de Nueva York, donde admiró en el Museo Metropolitano la obra del maestro español Joaquín Sorolla y Bastida. Residió en Bogotá durante varios meses. En el largo camino que hizo remontando el río Magdalena hasta ascender a la planicie de Cundinamarca, conoció a un joven alto, delgado. Vestía de negro. Era Germán Arciniegas. Los estudiantes colombianos carecían de organización. Se dedicó a esta tarea en la que —dijo Arciniegas— se había fracasado dos veces. Lograron crear la Federación de Estudiantes Colombianos. El suceso le malquistó con el gobierno de ese país. Pellicer era un joven revolucionario, un ‘Villista’ —decían los periódicos conservadores— y tuvo que abandonar el suelo colombiano. Después de varios incidentes pasó a Venezuela.

Cumpliría ahí la misma empresa organizativa. Eran los días de Juan Vicente Gómez. Debíó dedicar más tiempo a sus trabajos literarios, ante la imposibilidad de cumplir las tareas de su empeño. Su admiración por Bolívar le hizo reunir una de las colecciones más completas de obras sobre el Libertador, uno de los orgullos de la biblioteca del poeta. El dictador Gómez procuró discretamente expulsar al inquieto mexicano. Más tarde el estudiante se ocupó de repartir hojas sueltas contra el dictador venezolano.

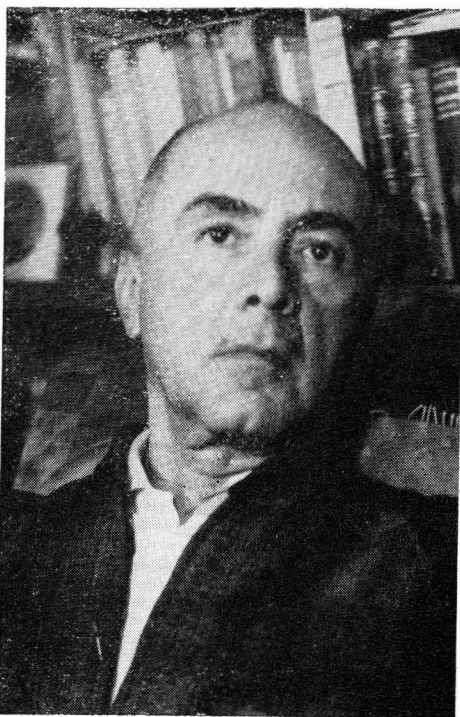
A su regreso a México, en los finales de 1920, conoció a José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación. Hasta sus oídos habían llegado los ecos de su campaña como delegado de la F. E. M., en Colombia y Venezuela. Vasconcelos le empleó en su Secretaría. Ahí, conoció a Pedro Henríquez Ureña, el insigne po-

lígrafo dominicano, uno de los maestros de América.

Obra inicial.

En 1921 publica su primer libro, *Colores en el mar y otros poemas*, que Pellicer califica de “monstruosamente malo”. Sin embargo, en este pequeño volumen se encuentran dos poemas de los cuales, piensa, parte toda su obra posterior: el *Poema a Curazao* y *Un pueblito de los Andes*. El libro fue ilustrado por Roberto Montenegro.

Publicó en 1924 *Seis, siete poemas*, que “ni son seis ni son siete”, apunta el poeta. También de este volumen, que considera de pobre calidad, sólo se salvan, según el autor, dos poemas breves, los titulados *El segador* y *El sembrador*, que merecieron del maestro Carlos Chávez otras tantas composiciones musicales.



... fraternidad, emoción comprensiva ...

Viaje a Europa.

En 1925 llegó a México, invitado por el gobierno, don José Ingenieros, quien había organizado en París una manifestación de obreros y estudiantes en apoyo de la Revolución mexicana. El maestro Ingenieros se alojó en el Hotel Mancera. Una tarde acudió Pellicer a saludarlo. Charlaban en el restorán, con Julio Torri, Roberto Montenegro y otros amigos. Ingenieros comentó que nada le había impresionado más en Europa, que la Victoria de Samotracia. Montenegro coincidió con el maestro. Pellicer guardó silencio. Don José Ingenieros con su dejo porteño le preguntó: “¿Querés verla, amiguito?” “Naturalmente que sí”, le respondió.

—Al día siguiente me entregaban en mi domicilio un pasaje para Marsella, enviado por el maestro Ingenieros. El Secretario de Educación Puig Casauranc, enterado por mí del predicamento en que me hallaba, decidió otorgarme una beca de 125 dólares mensuales durante un año, para que estudiara “lo que quisiera”. Así, emprendí viaje a Europa, el que por azares de la fortuna, se prolongaría cinco años.

Residió un año en París, haciendo frecuentes excursiones al interior y a las costas. Después viajó a Egipto gracias a que Alfonso Reyes embajador nuestro por esa época, gestionó la renovación de su beca. Luego, residió año y medio en Italia; recorrió a pie muchos de sus caminos, siguiendo al maestro admirado Piero de la Francesca. Hizo, más tarde, una segunda excursión a Egipto, Sicilia, Palestina y Siria, en compañía de Vasconcelos.

—Cuál no sería nuestro aspecto, que en Suez, el cantinero del hotel nos tomó por meseros de los barcos Cook's! — Exclama. Y luego añade: En el mercado de esclavas, en Siria, Vasconcelos estuvo tentado de comprar una bella mujer que ofrecía el pregonero a precio módico comparado con la belleza de aquella. Mas el maestro carecía del dinero suficiente. Así, no pudo cumplir su deseo de entrar a Lyons llevando de la mano a su preciosa esclava para admiración de los civilizados franceses ...

Durante su visita a las ruinas de Luxor, acompañando a Vasconcelos trepó por el muro de los bajorrelieves. La policía le detuvo. — Pude pasar un mal rato —nos dice—, sin la oportuna intervención del maestro Vasconcelos, quien debió exhibir sus documentos diplomáticos ...

Mientras residía en Italia visitó con frecuencia la aldea de Asis y sirvió a los hermanos franciscanos durante cuatro días, para permanecer con los discípulos. En Roma estudió con Giovanni Gentile. En la Librería de Alinari conoció a Giovanni Papini.

— Bueno, —aclara, sonriente—, le conocí, sin tratarlo. Aunque varias veces me propuse buscarlo en su casa, nunca llegué a hacerlo. ¿Qué habría podido decirle al maestro italiano que él no lo supiera mejor que yo? Había tenido una experiencia. En Palmira, en el desierto sirio, escuché a Berenson, el gran tratadista de arte italiano. Poco después le conocí. ¿Sabe qué me preguntó? “¿Conservan todavía en México esa gran obra, el San Juan, de Angra?”

En 1927 se editó, en París, *Hora y veinte*. Aparece aquí su *Oda ditirámica a Bolívar* y en el grupo de poemas *Las palomas*. El volumen está dedicado a José Ingenieros. En el mismo volumen se publica el poema *Variaciones sobre tema de viaje*, dedicado a don Alfonso Reyes.

En el Teatro de la Ópera se presentaba *Peleas y Melisenda*, de Debussy. El acaudalado mexicano, Francisco Iturbe, sorprendido de encontrar a un joven compatriota en tan elegante representación escuchando obra tan exquisita, lo invitó a acompañarlo como secretario. Así, viajó por tercera vez a Medio Oriente. Pero esta última en rango de gran señor como sabe hacerlo don Francisco Iturbe, mecenas de artistas. Estuvo en Delfos. La impresión que sus ruinas causaron en el poeta, la traspasó en su poema *Un recuerdo griego*. Este y otros poemas que recogen sus impresiones mediterráneas, paisajes de Italia, el Adriático, Sicilia, el Medio Oriente, Grecia, los recogió en el libro *Camino*, aparecido en 1929.

Recuerdos de España.

Eran las postrimerías del reinado de Alfonso XIII, cuando por primera vez

estuvo en España. Recorrió el país en trenes nocturnos y pasajes de tercera. Se afectó su salud, pues los compañeros de viaje, al enterarse de que era mexicano, le abrumaban de agasajos: todo era beber y comer de sus viandas.

—Estando cierta tarde, en un café de la Gran Vía, vi entrar, apresurado, a Federico García Lorca. Traía consigo todo el sol de su tierra andaluza. Preguntó por alguien que no estaba en el local, y se marchó. La visión fugaz del gran cantor gitano permanece en mi memoria. Supe después, por Salvador Novo, que Federico le había hablado con entusiasmo de unos poemas de *Las palomas*. Traté a Enrique Díez Canedo, a Eugenio D'ors y a don Ramón del Valle-Inclán, el extraordinario y benemérito fabulador, general de los ejércitos de Tierra Caliente. Rufino Blanco Fombona me presentó a Manuel Machado, cuya obra dramática y poética conocía.

Siete años después, en 1937, Carlos Pellicer fue al Congreso de Escritores, en Valencia. En esta oportunidad conoció a Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez y Miguel Hernández con quien hizo particular amistad.

Nos unía nuestra común fe cristiana —explica— ¡Qué hondura de poeta, qué desgarramiento de español el de Miguel! —exclama, conmovido por el recuerdo.

Después, en Madrid, cierta noche, Pellicer leyó un romance en una actuación, en un cine popular. André Malraux se sintió impresionado por los versos. Durante su regreso, escribió en el barco las *Canciones de Peñíscola* y unos romances, a los que Silvestre Revueltas puso música.

El poeta en la cárcel.

En 1929 hizo la campaña presidencial de José Vasconcelos. En el jardín de San Fernando fue muerto el joven estudiante Germán de Campos. Pellicer dijo la oración fúnebre. No era la primera vez que tomaba cartas políticas en sus manos. Su sensibilidad le llevó a participar en el movimiento universitario. Actuó en la lucha civil, conspiró y fue implicado en el atentado contra el Ing. Ortiz Rubio, ocurrido el día mismo en que asumió el poder. En esa oportunidad estuvo a punto de ser fusilado. Permaneció dos meses detenido en la Penitenciaría, junto con muchos otros ciudadanos apresados por la misma causa. Ahí conoció a José Revueltas, muy joven, detenido también, con varios ciudadanos comunistas. Ocuparon celdas de la planta alta. Pellicer y otros ciudadanos no comunistas, ocupaban separados del piso bajo.

—Estoy seguro que la prisión de José Revueltas y su largo confinamiento en las Islas Marias, le movieron a escribir esa extraordinaria novela *Los muros de agua*, que no ha sido superada en su patética narración.

Nuevos libros.

En 1937 apareció su libro *Hora de Junio* editado por Xavier Villaurrutia en la colección Hipocampo. En 1941, apareció *Recinto*, compuesto de poemas de amor. Editado por Fondo de Cultura Económica, este volumen inició la colección Tezontle de esa editorial, bajo los auspicios de El Colegio de México,

En el mismo año publicó un grupo de pequeños poemas de seis líneas cada uno, que tituló *Exágonos*. Escritos en 1922 y sólo vieron la luz casi veinte años después. Seis de los exágonos recibieron música del maestro Carlos Chávez.

Subordinaciones que con *Horas de Junio* y *Recinto*, son los tres libros más importantes — y que el autor considera de lo más logrado y estimable de toda su obra, apareció en 1947. Tema dominante es el hombre en su proyección de pueblo y de historia, en poemas que tienen fuerte acento civil. Poema singular en este volumen es el *Canto al Usumacinta*. En 1953 inaugura las ediciones de los Presentes, creadas por Juan José Arreola, con la publicación de la plaquette *Sonetos*, selecto grupo de inspiración mística.

—Tengo un libro inédito, *Práctica de vuelo* que consta de 86 sonetos, originalmente tracé el libro en 37 sonetos, de los cuales un grupo dedicado a José Bergamín, con quien me hermana el cristia-



...no tengo ningún carnet...

nismo, es el de mejor factura, en mi modesta opinión.

Pellicer nos habla enseguida de sus proyectos.

—Tengo varios proyectos, acariciados durante años y para los cuales necesito disponer de tiempo, tranquilidad y medios. Uno, escribir la *Oda Tropical*, obra que pienso como una gran orquestación de masas corales. ¡Tantos años he acariciado este proyecto! Cada vez es más ambicioso y tiene menos posibilidades de realización. Otro proyecto que anhelo cumplir es *El libro de mis padres* y el tercero, hacer mi *Canto al Valle de México*.

Tres poetas.

—Nunca entenderé cómo un joven marxista de tanta capacidad como era César Vallejo cuando le conocí en París, no pudiera librarse de su propio dolor, superándolo gracias a la esperanza en un mundo menos injusto, más libre, propio del marxista. En Vallejo pudo más su drama interior; su dolor propio lo avasa-

lló. Esto explica para mí el dejo pesimista y desgarrado de su poesía excelente, incomparable. Quizá sólo en su canto *España aparta de mi este cáliz* logra superar su drama interior y avisora un mundo de justicia y dignidad humana. Pero en lo mejor de su obra, Poemas humanos, no. Es el mismo Vallejo desgarrado, dolido de un mundo injusto y contrahecho.

Amo la poesía de Vallejo, pero lo padezco y sufro, porque yo soy su reverso. Para mí la vida es alegría. Tengo alegría de vivir. Y este sentimiento lo heredo de mi padre, y es actitud vital. Amo la luz, el aire libre, la naturaleza, todo cuanto forma y hace la vida. Nunca he creído, por eso, en la oscuridad y la tristeza de la Edad Media. No, esa edad en la que el arte religioso cobra su más alta cima, creadora de la arquitectura gótica, no pudo ser triste. Siento en ese arte la alegría de una fe superadora de la condición concreta y actual de la vida.

Admiro la obra de Pablo Neruda, el Pablo de años pasados, aquel dueño de un mundo subterráneo, de formas oscuras, de cavernas, de tristes habitantes y de fuerzas innominadas. Ese mundo de caos y de asombro que Neruda trajo en sus versos, y que ahora él ha abandonado siguiendo una consigna. No le doy la razón en este cambio. La búsqueda de la sencillez, la expresión descolorida y ajena con que ahora escribe, le ha privado de fuerza. Pero creo que Pablo está rectificando nuevamente, para retomar el hilo de su voz de gran poeta... Es Neruda la mayor influencia en nuestra América, a la que sólo disputa su dominio la fuerza tremenda de Vallejo, que ahora crece rápidamente.

Sin duda alguna, Octavio Paz es el más grande poeta joven de México y uno de los más grandes de Hispanoamérica. Es, además, un gran pensador. Es admirable su capacidad de intelegir los problemas de su tiempo y de su pueblo. Ahí está su *Laberinto de la soledad*, que desentraña aspectos no tocados por el maestro Samuel Ramos en su obra fundamental de interpretación nacional, *Perfil de México*...

Por mi generación pertenezco al grupo de Contemporáneos, que alrededor de la revista de ese nombre pilotó Xavier Villaurrutia. Sin embargo, me hallaba en Roma cuando nació aquella publicación y solo colaboré con poemas en un número de sus postrimerías. Propiamente Contemporáneos no tenía unidad de orientación. Fué, como Villaurrutia la definió, un grupo sin grupo. Ahí estuvieron Novo, Torres Bodet, Jorge Cuesta —muerto en plena juventud— fueron con Villaurrutia los mejores hombres de letras del grupo. Pero mi generación ha sido directamente afectada por la revolución. Pocos logramos títulos universitarios, algunos ni siquiera llegaron a sus aulas. Otros, debieron abandonar las profesiones, sin optar sus grados. Cada uno tomó el rumbo que su sentimiento de la vida y las circunstancias le señalaron.

Carlos Pellicer nos ha mostrado una de las obras de que más orgulloso se siente, el último Nacimiento. Los hace desde que tiene memoria y los entrega a la devoción de cuantos quieran admirarlos. Al salir de su vivienda, hemos visto un numeroso grupo de vecinos que gozaban del paisaje de este valle de México, bellamente reproducido por el poeta, y en el que ha situado su última Navidad.